Las Apuntaciones sueltas de Inglaterra de Leandro Fernández de Moratín

Libro de viajes y fundación de una escritura moderna

Rafael Alarcón Sierra

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bulletinhispanique/137>

DOI: 10.4000/bulletinhispanique.137

ISSN: 1775-3821

Editor

Presses universitaires de Bordeaux

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 junio 2007

Paginación: 157-186

ISBN: 978-2-85276-094-3

ISSN: 0007-4640

Referencia electrónica

Rafael Alarcón Sierra, « Las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* de Leandro Fernández de Moratín », *Bulletin hispanique* [En línea], 109-1 | 2007, Publicado el 02 enero 2012, consultado el 30 abril 2019.
URL : <http://journals.openedition.org/bulletinhispanique/137> ; DOI : 10.4000/bulletinhispanique.137

Las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* de Leandro Fernández de Moratín: libro de viajes y fundación de una escritura moderna

RAFAEL ALARCÓN SIERRA
Universidad de Jaén - Espagne

Cet article précise les conventions relatives aux voyages et à leur écriture au XVIII^e siècle, avant de se centrer sur l'exemple de Leandro Fernández de Moratín et sur les relations qui se tissent entre ses récits de voyage, son journal intime et sa correspondance privée. L'article analyse plus particulièrement les Apuntaciones sueltas de Inglaterra sous divers aspects : leur composition et leur contenu, la structure des notes, le style de la rédaction, la comparaison et le contraste, le reflet des expériences personnelles, le point de vue et les masques du voyageur, la manière dont il se représente face aux autres ; les procédés narratifs, le lien entre la représentation de la ville et l'organisation de l'écriture, les opinions sur la société britannique et ses mœurs, sur la liberté et l'organisation économique. Enfin, l'article fait ressortir la modernité d'une écriture privée non institutionnelle, aux marges du canon néoclassique ; alors que le théâtre de Moratín est la représentation publique de la sphère privée, ses récits de voyage sont la représentation privée de la sphère publique.

Este artículo destaca las convenciones de los viajes y su escritura en el siglo XVIII, antes de centrarse en el caso de Leandro Fernández de Moratín y la relación que establece entre sus libros de viaje, su diario personal y su correspondencia privada. Particularmente analiza las Apuntaciones sueltas de Inglaterra (aspectos como su composición y contenido; la estructura de las notas; el estilo en que se redactan; la comparación y el contraste; el reflejo de las experiencias personales; el punto de vista y las máscaras del viajero; la representación del mismo frente a los otros; los recursos narrativos; la relación

BHi, Tome 109, n° 1 - juin 2007 - p. 157 à 186.

entre la representación de la ciudad y la organización de la escritura; las opiniones sobre la sociedad británica y sus costumbres, sobre la libertad y la organización económica). Finalmente, resalta la modernidad de una escritura privada no institucional, en los márgenes de la preceptiva neoclásica; mientras que su teatro fue la representación pública de lo privado, sus libros de viaje fueron la representación privada de lo público.

This article deals with the conventions of travel and its writing in the XVIII century, before studying the particular case of Leandro Fernández de Moratín and the relationship between his travel books, his diary, and his private letters. In particular, it analyzes the Apuntaciones sueltas de Inglaterra (paying special attention to some aspects such as its composition and content; the structure of the notes; the style in which they are written; the comparison and the contrast; the reflect of the personal experiences; the point of view and the masks of the traveler; the representation of himself against the others; the narrative process; the relationship between the representation of the city and the organization of the writing; the opinions about the British society and their customs, about freedom and the economic organization). Lastly, we will highlight the modernity of a non-institutional private writing, which is in the border of the neoclassical precepts; whereas his plays are a public representation of private life, his travel books are a private representation of the public life.

Mots-clés : Libros de viaje - Siglo XVIII - Leandro Fernández de Moratín - Apuntaciones sueltas de Inglaterra.

ANTECEDENTES

DURANTE el siglo XVIII, el viaje por Europa se convierte en un objetivo para las elites políticas, económicas y culturales de todo el continente, incluida España. Frecuentemente, esta vuelta tenía al menos una duración de un año, y el itinerario habitual podía incluir la estancia en países como Francia, Inglaterra o Italia. Además, en el desplazamiento de un país a otro, era normal transitar por los Países Bajos, Holanda, Alemania y Suiza, aunque con menor detenimiento¹.

1. Vid. G. Atkinson, *Les relations de voyages du XVIII^e siècle et l'évolution des idées : contribution à l'étude de la formation de l'esprit du XVIII^e siècle* (1924), Paris, Slatkine, 1972; R. W. Frantz, *The English traveller and the movement of ideas 1660-1732*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1934; AA. VV., « Voyager, explorer », *Dix-huitième siècle* [Société Française d'Étude du Dix-Huitième Siècle], 22 (1990) ; J. Stagl, *A History of Curiosity: The Theory of Travel 1550-1800*, Chur, Harwood Academic, 1995; F. Wolfzettel, *Le discours du voyageur. Pour une histoire littéraire du récit de voyage en France, du Moyen Âge au XVIII^e siècle*, Paris, Presses Universitaires de France, 1996; J. Black, *The Grand Tour in the Eighteenth Century*,

Los móviles para conocer el extranjero en el Siglo de las Luces están guiados oficialmente por el principio de utilidad: la persona que viaja completa su formación educativa o profesional, adquiere unos conocimientos que serán útiles tanto para él como para sus compatriotas, cuando vuelva a su país de origen. Sin embargo, esto no es incompatible con otro tipo de motivación, puesto que la vuelta por Europa, a pesar de las incomodidades del desplazamiento, también adquiere unos componentes de placer mundano.

La importancia del viaje es ampliamente reconocida. En España, el Conde de Campomanes en su *Discurso sobre la educación popular* o Jovellanos en su *Elogio de Carlos III* así lo afirman. Por ello, no sólo será un objetivo al alcance de la aristocracia, sino que desde los gobiernos ilustrados se promocionan y subvencionan los viajes que pueden ser útiles para el país. De este modo, muchos viajes se convierten en una empresa de interés político, patrocinada por estadistas como Aranda, Floridablanca o Godoy. Ya Felipe V había promulgado en un real edicto (de 1718) la posibilidad de que se otorgaran subvenciones a los ciudadanos para instruirse o perfeccionarse en su arte. Las sociedades económicas pronto imitarán el ejemplo de los soberanos y sus ministros².

El viaje exige una preparación y un método para que éste sea provechoso: no lo debe emprender cualquiera, sino un sujeto ya formado y con un objetivo concreto en el cual tenga que perfeccionarse. Luzán en sus *Memorias literarias de París*, Clavijo y Fajardo en *El Pensador* (Pensamiento XIX, 1762) o Cadalso en *Los eruditos a la violeta* y las *Cartas marruecas*, entre otros, tratan de este asunto, y son abundantes los manuales y guías para el viajero que ven la luz a lo largo del siglo. Dado que exige una gran inversión

Sutton, Gloucestershire, 1997; A. Gilroy (ed.), *Romantic Geographies: Discourses of Travel, 1775-1844*, Manchester, Manchester University Press, 2000.

2. Vid. E. F. Helman, «Viajes de españoles por la España del siglo XVIII», *Nueva Revista de Filología Española*, 7 (1953), 618-629; J. Sarrailh, «El español en el extranjero», *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, FCE, 1957, pp. 339-374; G. Gómez de la Serna, *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1974; L. López Molina, «Los libros de viajes en la literatura española moderna», en *Homenaje a Samuel Gili Gaya (In memoriam)*, Barcelona, Bibliograf, 1979, pp.139-151; A. Morales Moya, «Conocimiento de la realidad y pretensión reformista en el viaje ilustrado», en J. Gómez Mendoza *et alii*, *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 11-29; F. Lafarga, «Voyageurs espagnols dans l'Europe du XVIII^e siècle», *Intercambio*, 3 (1992), 22-23; P. Álvarez de Miranda, «Los libros de viajes y las utopías en el XVIII español», en G. Carnero (coord.), *Historia de la literatura española. Siglo XVIII (II)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1995, pp. 679-706; M. Fabbri, «Literatura de viajes», en F. Aguilar Piñal (ed.), *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Editorial Trotta/CSIC, 1998, pp. 407-423; J. Pimentel, *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

de tiempo y dinero, debe planificarse todo lo posible, sin dejar nada a la improvisación. Además, la mayoría de los individuos sólo realizan un gran viaje de este tipo una vez en la vida. Es común el consejo de recopilar toda la información posible acerca del país al que se va a viajar e incluso el de aprender su lengua.

Para no olvidar nada, una vez emprendido el viaje es indispensable llevar un diario donde tomar notas en el acto y sobre la marcha de todas las observaciones e informaciones que puedan ser útiles. Ello incluye el gobierno, la política y las leyes; la economía, el comercio, la agricultura y la industria; la religión y la sociedad; los usos y costumbres; las ciencias y las artes. Ya en la segunda mitad del siglo, tras la crítica de Rousseau al viaje tradicional por Europa en el *Emilio*, se desarrolla paulatinamente una nueva sensibilidad en la que cobrará cada vez más pujanza la atención a la vida y carácter del hombre y de los pueblos (no ya sólo a la de las cortes, las clases altas o los individuos de calidad), así como posteriormente, al paisaje y la naturaleza.

Además, el desplazamiento físico a lo largo de un itinerario exige referirse al estado de los caminos, los medios de transporte, las posadas y la geografía por la que el viajero se desplaza. Cada uno de estos apartados debe ser comparado con el propio país, señalando lo que es digno de ser imitado y lo que es rechazable. Si es necesario para un mejor entendimiento, se realizarán dibujos o se copiarán los datos necesarios. De esta forma, por encima del objetivo concreto del viaje ilustrado, ya sea éste político, económico, científico, histórico, artístico o literario, la curiosidad intelectual y el interés crítico lo convierten en un viaje total.

El viajero ilustrado debe observar atentamente todos estos aspectos útiles para su formación y para su país, con conciencia crítica y práctica, tratando de ser objetivo y de huir de los prejuicios, aunque es inevitable aplicar un punto de vista particular, que, además de tener en cuenta a su destinatario, coincide con los intereses personales, de la posición social y de la nación a la que pertenece el viajero. Por ende, éste ha de tener un propósito formativo, científico y utilitario; una visión analítica y descriptiva, guiada por la razón y asentada en los datos observables, y una intención didáctica, pedagógica y reformadora, capaz de rechazar o de alabar cuanto ve y de proponer recomendaciones para la mejora de su patria en todos los campos.

Por último, y una vez que el viajero ha regresado a su lugar de origen, para la prosperidad y el progreso de su nación debería comunicar los resultados de todo ello en una memoria final, tal y como propone, por ejemplo, Jovellanos en el prólogo a sus cartas del *Viaje a Asturias*. Este informe, en caso de

hacerse, se elabora a partir de las anotaciones tomadas en los diarios de viaje, por lo general en una discreta prosa descriptiva de estilo medio, humilde y funcional, que no se permite grandes vuelos expresivos, puesto que no tiene una intencionalidad estética como hoy la entendemos.

Sin embargo, pocos diarios de viaje fueron publicados, lo que no quiere decir que no tuvieran lectores. La mayoría de ellos quedaron manuscritos, como testimonio y recuerdo, bien para uso personal, lo que podía incluir su lectura por un escogido círculo de amigos, en el ámbito de la tertulia dieciochesca, bien para uso de la institución oficial que ha promovido y patrocinado el viaje. De hecho, los viajes de Jovellanos, Moratín, Viera y Clavijo, Iriarte, Campomanes, Sarmiento, Flórez o Pérez Bayer, por citar nombres bien conocidos, no vieron la imprenta en su momento. Incluso muchos de estos diarios, en el caso de que sus autores no tuvieran que justificar en un informe su viaje ante un superior, permanecen sin reelaborar, en el puro estado de cuadernos de apuntaciones, como ocurre con el *Viaje a Italia* de Moratín.

Cuando un libro de viaje se publica, lo normal es que se haga varios años después de su realización, reescribiendo a fondo las notas tomadas durante el mismo y confrontándolas con información suplementaria procedente con frecuencia de otros libros o guías de viaje. Ello hace que se confundan a menudo los países leídos con los realmente observados. En este sentido, todo libro de viaje por Europa es un eslabón de una comunidad intelectual y de una obra colectiva formada por todos los textos que le han precedido, donde gran parte de la información aportada se repite de uno a otro.

Lo más habitual es que el libro de viaje esté escrito en primera persona, de forma que se superponen el autor, el narrador y el personaje (y también con frecuencia el lector). Las formas habituales que adoptan estas relaciones de viajes son la del diario, articulado mediante los ejes cronológico y espacial que impone el itinerario seguido, la de la carta, artificio mediante el cual su autor se dirige ficticiamente a uno o varios corresponsales a los que relata sus observaciones, y la de la colección de ensayos o artículos, donde se tratan los aspectos agrupados temáticamente. De hecho, Moratín practicó los tres moldes formales. Cuando el viaje es el resultado de un encargo oficial adopta la forma del informe o memoria. Sin embargo, los trasvases de una forma a otra son constantes, puesto que, por ejemplo, si un diario puede incluir cartas, las cartas a veces son mera transcripción de trozos del diario y, por otra parte, las frecuentes reflexiones y juicios que se insertan en estos textos hacen que sin duda todos adquieran un carácter ensayístico.

En los libros de viaje del siglo XVIII, la convención genérica, y no el gusto personal, dicta en su mayor parte lo que el escritor debe y no debe decir. La idea más extendida es que dichas obras, al modo clásico, debían proporcionar un equilibrio entre instrucción y placer, conocimiento y entretenimiento. Dos tipos de convenciones dominan su escritura, las descriptivas y las narrativas, y ambas deben encontrar un punto de equilibrio entre sí. Las descriptivas son específicamente las observaciones y las informaciones útiles y eruditas ya citadas que se recogen durante el viaje, que podrán ir acompañadas de reflexiones, interpretaciones y juicios. Normalmente aportan la instrucción, y se suelen repetir con poca diferencia de un libro a otro. Las narrativas son las anécdotas, incidentes y vivencias, incluidos achaques físicos y estados de ánimo, que ocurren durante el viaje, y que en ocasiones conforman pequeños relatos intercalados. Recogen de una manera palmaria la experiencia personal del viajero, los hechos que sólo le han ocurrido a él, y aportan el entretenimiento, a la vez que certifican que éste ha visitado realmente cada lugar, y que no se limita a copiar lo que otros han escrito³.

Al mismo tiempo, revelan explícitamente un punto de vista y una conciencia, es decir, una escritura del yo, donde el viajero cobra una especial entidad. Esto no quiere decir que el viajero haga autobiografismo, porque frecuentemente adopta un papel y crea un personaje narrador, casi siempre el del viajero ilustrado, filósofo y humanista, aplicado y atento a todo lo que ve, a veces combinado con el del hombre de mundo o *esprit fort*, que aplica el distanciamiento, la ironía y el humor cuando la situación o el tema lo requiere. Sólo en la segunda mitad del XVIII, en Inglaterra y Francia, los viajeros crearán también los roles del viajero melancólico, sentimental y pintoresco. Además, poca información de este tipo puede ocasionar la sospecha de que el viajero no ha visto todo lo que describe, pero mucha, lo hace aparecer como un personaje de ficción. Con todo, esta presencia constante de un yo narrador es lo que dota de unidad y guía al relato de viajes, que por lo demás suele tener un carácter no sistemático, heterogéneo, variado, misceláneo y fragmentario, ya que no constituye una forma canónica ni reglada por la preceptiva neoclásica⁴.

3. Vid. Charles L. Batten, *Pleasurable instruction. Form and Convention in Eighteenth-Century Travel Literature*, Berkeley, Los Ángeles, University of California Press, 1978.

4. Como mucho, se admite que la obra artística podrá además instruir si en ella se refiere, entre otros posibles conocimientos, un viaje (pero entre las formas de la poesía no se considera, por supuesto, la del libro de viaje): vid. I. Luzán, *La Poética*, cap. III, «De la instrucción en todas artes y ciencias»: «Podemos también considerar otra no pequeña utilidad

LOS VIAJES DE MORATÍN Y SU ESCRITURA

La primera salida al extranjero de Leandro Fernández de Moratín se produce en 1787, año en que viaja a Francia en misión diplomática como secretario de Cabarrús, a quien lo había recomendado Jovellanos. En vísperas de la revolución, Moratín, deseoso de «correr cortes», lleva un diario en el que pone en limpio sus anotaciones, tal y como escribe a Jovellanos en una carta (fecha en «París, 9 de abril del 87»⁵). En París Moratín conoce a Goldoni y descubre la perfección del teatro francés (tal y como reconoce a Forner en carta de 18 de junio del mismo año⁶), valoración que no perderá cuando lo compare con el de otros países. Poco antes de su regreso, confirma a Jovellanos la utilidad formativa que le ha reportado conocer «otros hombres, otras costumbres, otro país» y haber adquirido «nuevas ideas» (carta fechada el 22 de agosto)⁷. Este primer diario de viaje de Moratín no se ha conservado, aunque sí un conjunto de anotaciones a medio elaborar, que corresponden al viaje de vuelta desde París, sin duda destinadas a este diario. También se han conservado un conjunto de dieciocho cartas fechadas en 1787 donde Moratín relata el viaje a sus correspondientes, principalmente Jovellanos, Forner y Ceán Bermúdez, y para cuya redacción aprovechó las notas citadas, en la descripción de algunos monumentos de Auch, Toulouse o Perpignan. Sin embargo, René Andioc, al documentar sus numerosas contradicciones y anacronismos, demuestra que estas cartas no fueron escritas en 1787, sino muy posteriormente, en 1821, refundiendo su primitivo diario de viaje, ahora transcrito con forma epistolar, según un procedimiento que era muy común en la época, como ya hemos dicho: el de convertir las notas de viaje en un ficticio conjunto de cartas para conseguir una mayor amenidad, a la

de la poesía, en cuanto instruye en todo género de artes y ciencias, directa o indirectamente. El poeta puede y debe, siempre que tenga ocasión oportuna, instruir sus lectores, ya en la moral [...]; ya en la política [...]; ya en la milicia [...]; ya en la economía [...]. Con la ocasión de referir algún viaje podrá enseñar con claridad y deleite la geografía de un país, la topografía y demarcación de un lugar, el curso de un río, el clima de una provincia; y, finalmente, en otras ocasiones, podrá de paso enseñar muchas cosas en todo género de artes y ciencias. La geografía de Homero es exactísima» (Ed. de R. P. Sebold, Barcelona, Labor, 1977, p. 197). Por su parte, el padre Andrés, en *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, considera al libro de viaje como un apéndice de la historia.

5. R. Andioc, *Epistolario de Leandro Fernández de Moratín*, Madrid, Castalia, 1973, nº 8, pp. 58-60.

6. *Ibid.*, nº 15, pp. 83-85.

7. *Ibid.*, nº 21, p. 97.

par que demuestra la cultura e ilustración adquirida, quizá con el proyecto de editar su epistolario escogido⁸.

El segundo viaje de Moratín a Europa se produce en mayo de 1792, después de haber estrenado en Madrid *El viejo y la niña* y *La comedia nueva*. No regresaría a España, lo que él está lejos de sospechar, hasta finales de 1796, cinco años después. Tras la caída en desgracia de Cabarrús a la muerte de Carlos III, Moratín se queda sin empleo y aun teme seguir la suerte de su protector. Por ende, Jovellanos está desterrado en Asturias, y el favor de Godoy, que todavía no es ministro e incluso se pronostica su caída, se hace embarazoso. Ello es motivo más que suficiente para alejarse de la corte. Además, Moratín no tiene título universitario y necesita viajar para perfeccionar su educación si quiere conseguir un puesto relevante en la administración, lo que no dejará de solicitar repetidamente. Y ya ha fracasado en conseguir una plaza de bibliotecario en los Reales Estudios de San Isidro. De este modo, solicita al Conde de Aranda y a Manuel Godoy permiso, pasaporte y recomendaciones para viajar a Francia y «dar una vuelta por Inglaterra, Holanda, los Suizos y Italia», «después de haber escapado de los peligros y disgustos que he tenido en todo este tiempo», como confiesa en carta a Jovellanos (abril de 1792)⁹.

Pero Moratín, que había huido de Madrid, va a tener que hacer lo mismo de París, que está en pleno proceso revolucionario. En su diario privado anota aterrizado el asalto al palacio Real y a las Tullerías, y el encarcelamiento de los reyes en el Temple¹⁰. A finales de agosto sale despavorido con dirección a Londres, a donde llega el día 27. Allí permanece cerca de un año, traduce diversas obras y escribe las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*. Una vez enterado, con sorpresa, de la ascensión de Godoy a primer ministro, le solicita sucesivamente en distintas cartas, sin éxito alguno, el cargo de bibliotecario del príncipe (octubre 1792), el de director de los teatros madrileños (diciembre), o el de «qualquiera otro destino en la carrera Literaria» (abril 1793)¹¹.

8. *Ibid.*, pp. 22-33.

9. *Ibid.*, nº 30, p. 131.

10. *Vid.* las entradas del 19 de agosto de 1792: «Tuilleries ataque, massacre Esguizarii, ego pavor./ cum Cabanot, rue San Antonio y Boulevard, têtes in lanzas, pavor», del 12: «Tuilleries, vidi habitaciones saqueadas, estatuas de Luis XIV, XV, derruidas», y del 13: «vidi traslación du Roi ad Temple», *Diario (mayo 1780-marzo 1808)*. Ed. de R. y M. Andioc, Madrid, Castalia, 1968, pp. 85-86.

11. *Epistolario*, nº 33, 35, 39, pp. 136-137, 141-145 y 153-155, respectivamente.

En vista de su repetido fracaso (lo que quizá le produce el estado depresivo que él llama «debilidad de nervios», y que le obliga a tomar baños de mar¹²), pide al menos una pensión para viajar a Italia y estudiar sus antigüedades, cortes y gobiernos, artes, teatros «y otros muchos obgetos» que «puedan añadirme conocimientos a los mui importantes que he adquirido»¹³, lo que sí que le es concedido. Moratín sale de Londres en agosto de 1793, momento en el que empieza el diario de lo que será su *Viaje a Italia*, donde también anota su itinerario por los Países Bajos, Alemania y Suiza¹⁴. En Italia pasará más de tres años, viviendo la mayor parte del tiempo en Bolonia, y haciendo diversos recorridos por todo el país. En septiembre de 1793 vuelve a escribir a Godoy solicitando un cargo en la Biblioteca Real¹⁵; en agosto del año siguiente duda entre irse o quedarse, pero las turbulencias políticas de Madrid le aconsejan seguir en Italia, donde la guerra con Francia también le supone una constante preocupación¹⁶. En septiembre de 1796 se ofrece a Godoy para la provisión de la Secretaría de la Interpretación de lenguas¹⁷, empleo que finalmente sí le será concedido y señal de su vuelta a Madrid en condiciones favorables.

En esta síntesis de los periplos moratinianos podemos observar claramente que si el primero responde en gran medida al ideal del viaje ilustrado que hemos descrito, ya no ocurre así con el segundo y más importante, su estancia en Inglaterra e Italia, que no tiene ni una clara justificación científica ni un objetivo específico, y dista mucho de estar racionalmente planificado, empezando por el hecho de que el viaje no tiene marcado un tiempo y un límite de realización, sino que éste se desarrolla al albur de las circunstancias, y se prolonga hasta que Moratín no consigue una situación ventajosa para regresar a Madrid. Es decir, que los verdaderos motivos de su largo viaje fueron realmente, en primer lugar, alejarse de las intrigas políticas en las que se vio involucrado a la caída de Cabarrús, y en segundo lugar, obtener, de cara a las autoridades, una formación y una reputación, más aparente que real, para conseguir un puesto relevante en la administración. Motivaciones ambas netamente personales. Ello no obsta para que Moratín sacara provecho

12. *Ibid.*, nº 40, p. 156.

13. *Ibid.*, nº 38 y 39, cartas a Carlos IV y a Godoy, pp. 152-155.

14. *Vid.* Hans-Joachim Lope, «La Alemania de 1793 vista por Leandro Fernández de Moratín», en *Actas VII CIH*, II, Roma, Bulzoni, 1982, pp. 691-697.

15. *Epistolario*, nº 42, pp. 158-160.

16. *Ibid.*, nº 48 y 50, cartas a Juan Antonio Melón, pp. 174-175 y 177-178, respectivamente.

17. *Ibid.*, nº 70, pp. 213-214.

de sus viajes, como veremos, pero al margen de lo que se entiende por viaje ilustrado, puesto que desde este punto de vista el de Moratín evidentemente carecería de cualquier justificación.

En varias cartas a su amigo Juan Antonio Melón, Moratín confiesa su ociosidad, sin tener responsabilidades, servidumbres ni ataduras de ningún tipo, y viajando distendidamente, por placer, sin otro objetivo que lo que hoy llamaríamos hacer turismo (voz esta que precisamente nace en Inglaterra a finales del siglo XVIII): «Yo lo paso lo mejor que puedo; procuro holgarme y no hacer nada, y obre Dios [...] esta incertidumbre me anuncia a cada paso la libertad de que gozo» (carta desde Turín, 2 de mayo de 1795)¹⁸, e incluso se burla de la justificación oficial de su viaje: «Y ¿qué hago en Venecia? Maldita la cosa; bien que esto debe quedarse entre los dos [...]; porque a los otros les has de decir que me ilustro y me oriento y me auroro, y que estudio como un animal, y que es increíble la utilidad que pueden sacar España y sus Indias de mis adelantamientos» (carta desde Venecia, 5 de octubre de 1794)¹⁹.

Pero lo que ahora nos interesa es el reflejo de todo ello en sus libros de viaje. Moratín escribió dos muy distintos, uno dedicado a Inglaterra y otro a Italia, que quedaron inéditos. ¿Por qué los escribió, entonces? Hay varias razones. En primer lugar, como ya hemos visto, en el siglo XVIII no se concibe viajar sin llevar un diario, que no se escribe para publicarse; es más, la excepción es precisamente que se haga esto. Su valor, además de responder a una costumbre bien establecida, es el de conformar testimonio y recuerdo de un hecho importante y excepcional en la vida de un individuo. En segundo lugar, Moratín habrá pensado en la necesidad de tener un documento que eventualmente pudiera justificar ante Godoy que ha aprovechado bien el tiempo y el dinero que le ha sido concedido. Y, en tercer lugar, aunque no consta en ningún escrito suyo que en algún momento tuviera una seria intención de publicar sus viajes, siempre quedaba abierta dicha posibilidad, pues ya sabemos que la mayoría de los autores reescribían cuidadosamente sus diarios años después de haber regresado a su país.

Por otra parte, Moratín ya estaba acostumbrado desde hacía tiempo al hábito de llevar un diario: cuando en 1780 muere su padre, él comienza a escribir un diario personal, concebido como una continuación del que hasta ese momento había llevado don Nicolás, hasta el punto de aprovechar el cuaderno que éste había dejado apenas comenzado, y de titularlo *Apuntes*

18. *Ibid.*, nº 56, p. 190.

19. *Ibid.*, nº 51, pp. 180-181.

of mi Father and mines. Las anotaciones de este diario personal llegan hasta 1808, es decir, que abarcan casi toda la vida del escritor, aunque se han perdido algunos folios del mismo²⁰. De este hecho no sólo nos interesa su fiel costumbre de apuntar los quehaceres diarios; más interesante es la posibilidad de contrastarlos con sus libros de viaje y de comprobar los vasos comunicantes que se establecen entre unos y otro, qué información se repite en ambos, cómo queda registrada en cada caso, y cuál se reserva sólo para uno de sus escritos (por ejemplo, sus frecuentes contactos con prostitutas, que evidentemente sólo aparecen en su diario privado). Aún iremos más allá al resaltar la evidencia de que el diario de su viaje a Italia es, en muchas ocasiones, una versión ampliada de su diario personal, que muchos fragmentos del primero comienzan exactamente igual que los del segundo (un caso palmario ocurre a su llegada a Aranjuez en febrero de 1797), y que incluso en los cuadernos reservados exclusivamente para las anotaciones del viaje aparecen folios con notas que pertenecen a su diario privado²¹. A estas dos contabilidades vitales podemos unir las cartas dirigidas a su amigo Juan Antonio Melón durante sus viajes, en las que muchas veces se repiten fragmentos de sus libros de viaje o se ofrecen interpretaciones divergentes con las escritas en aquéllos²². En definitiva, que los lazos entre diario íntimo, libros de viaje y cartas amistosas son muy estrechos y ofrecen perspectivas complementarias.

¿Cómo redacta Moratín sus libros de viaje? El procedimiento, a grandes rasgos, es análogo al que utiliza para su diario privado: en la mayoría de las ocasiones primero toma notas, seguramente sobre la marcha, a lápiz (o a pluma, si tiene ocasión de hacerlo más reposadamente) en unos pedazos de papel de distintos tamaños y baja calidad, de los cuales algunos han llegado

20. Vid. L. Fernández de Moratín, *Diario*, ed. cit. Robert Johnson, en su artículo-resena de esta edición, «Moratin's Diary», *BHS*, XLVII (1970), 24-36, añade, completa o corrige algunas notas de la edición de Andioc, aclara algunos pasajes, señala la ausencia de un completo glosario biográfico y de obras citadas y añade un interesante apéndice en el que precisa las obras teatrales que Moratín vio en Londres, confrontando la información del *Diario* con la de las carteleras londinenses de la época.

21. Vid. B. Tejerina, «Fragmentos inéditos de los apuntes diarios de don Leandro Fernández de Moratín en el ms. de su viaje a Italia», *Annali della Facoltà di Lingue e Letterature Straniere* [Bari], 4-5 (1973-1974), 301-325, y «L'importance du *Diario* de Leandro Fernández de Moratín pour la rédaction de son *Viaje a Italia*», en *Colloque sur le Journal de voyage*, Grenoble, del 14 al 17 de junio de 1978, Ginebra-Moncalieri, 1986, pp. 247-255.

22. Vid. Jesús Pérez Magallón, «Escritores y amigos: el caso de Moratín y Melón», en G. Carnero, I. J. López y E. Rubio (eds.), *Ideas en sus paisajes. Homenaje al profesor Russell P. Sebold*, Alicante, Universidad, 1999, pp. 339-351.

hasta nosotros. En un segundo lugar, y cuando tiene tiempo suficiente, pone en limpio a pluma estos apuntes, ampliándolos con información procedente de otros libros o guías de viaje. En los cuadernos del viaje a Italia hay una variante de este proceso: además de las notas en esas esquelitas, muchas veces las escribe directamente en los cuadernos a lápiz, primera redacción que luego ha borrado, escribiendo a pluma encima, seguramente sin respetar al pie de la letra el contenido del primer texto. Luego, en la relectura de lo que ha escrito, Moratín realiza diversas correcciones, normalmente tachando palabras y escribiendo al lado la nueva solución.

A su muerte, ambos libros quedaron sin publicar y, al igual que el resto de sus papeles, en poder de su amigo Manuel Silvela. En 1847 los adquirió el Estado español, y en 1866 se encargó a la Biblioteca Nacional preparar una edición de sus inéditos (diario, libros de viaje, epistolario y otros apuntes sueltos). La edición de estas *Obras póstumas*, a cargo de Hartzenbusch, director de la biblioteca, sale en tres volúmenes en 1867, y es la primera vez que se imprimen los dos libros de viaje. Para resolver los numerosos fragmentos tachados intencionadamente en ambos, quizá por su amigo Juan Antonio Melón²³, los editores contaron con la existencia de dos copias anteriores de los manuscritos, pertenecientes a Pascual Asensio y a Mesonero Romanos, aunque incompletas en el caso del viaje a Italia. Sin embargo, Hartzenbusch no transcribe todos los fragmentos tachados y salvados en las copias, y no los integra en el texto, sino que los edita aparte (como apéndice, en el tomo III). Además, censura otros pasajes conservados y hace modificaciones en ambos libros, como variar el orden de los cuadernos o sacar las notas sobre las obras teatrales del cuerpo del texto y editarlas en apéndice²⁴. Desde entonces, ambos

23. J. A. Melón, «Desordenadas y mal digeridas apuntaciones», en L. Fernández de Moratín, *Obras póstumas*, Madrid, 1868, III, pp. 376-388, atribuyó las tachaduras en el manuscrito del *Viaje a Italia* al propio Moratín: «escribió un *Viaje* muy curioso, del que borró después muchas páginas, que me había leído» (p. 380).

24. J. E. Hartzenbusch (ed.), *Obras póstumas de D. Leandro Fernández de Moratín publicadas de orden y a expensas del Gobierno de S. M.*, Madrid, [Rivadeneira], 1867-1868, III vols. Edita las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* (ms. 5891, del cual invierte el orden de los cuadernos tercero y cuarto, y cambia su numeración en caracteres arábigos a números romanos) en el vol. I, pp. 161-269, y el *Viaje de Italia* (ms. 5890) en vols. I, pp. 273-587, y II, pp. 1-55 (varía el orden del ms., entresacando y editando al margen del mismo «Adiciones sobre los teatros de Italia», pp. 23-51, «Libros españoles de la biblioteca de la *Sapienza*, en Roma», pp. 52-53, y «Comedias españolas, traducidas en italiano», pp. 54-55). Omite numerosos fragmentos referidos, por lo general, a política, religión y moral. Sin embargo, en el vol. III edita, en los apéndices II-VI, algunos «Trazos pertenecientes a las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*» (procedentes de los ms. 6409 y 7777), pp. 335-338 (aunque censura otros fragmentos). Corrige la ortografía, la puntuación y los errores sintácticos de Moratín.

textos cayeron en el olvido. En 1984 la editorial Bruguera hizo la primera edición independiente de las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, limitándose a reproducir la edición de 1867, pero sin tener en cuenta los fragmentos rescatados por Hartzenbusch. Fue Ortiz Armengol quien, en su estudio de 1985 *El año que vivió Moratín en Inglaterra*, rescata todos los fragmentos tachados y salvados por las copias²⁵. La edición de las *Apuntaciones* a cargo de Ana Rodríguez-Fischer en 1992 (Barcelona, PPU, reeditada en Madrid, Cátedra, 2005) sigue a Ortiz Armengol, pero no transcribe directamente los manuscritos y no respeta el orden de los cuadernos; lo mismo ocurre en la reciente edición de Península (Barcelona, 2003, con un breve epílogo de Eduardo Jordá por todo acompañamiento). En cuanto al *Viaje a Italia*, tras una edición de 1988 (Barcelona, Laertes), con prólogo de José Doval, que igualmente se limita a reproducir la de Hartzenbusch, Belén Tejerina realiza una rigurosa edición crítica (Madrid, Espasa-Calpe, «Clásicos Castellanos», 1991) a la que sólo se puede reprochar no haber reproducido el dibujo que Moratín hizo de Pulcinella en el cuaderno cuarto (fol. 76r) de su diario (ni los de Tartaglia, Pantalone y Brighella que se conservan en un manuscrito aparte: *Dibujos originales para ilustrar su viaje a Italia. Tres dibujos*, BNM, ms. 12963 (23)) y el haber utilizado un mapa político del siglo XX para reproducir gráficamente el itinerario del viaje.

LAS APUNTACIONES SUELTAS DE INGLATERRA

Las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* están compuestas por cuatro cuadernos, donde los dos últimos se diferencian de los primeros por estar formados por un papel más consistente, de diferente medida y con espaciadas rayas rojas, como destinado a contabilidad. Al final del cuarto se conserva un papelito de los que Moratín empleaba para consignar sus notas. La escritura de estos cuadernos, a pluma y apretada, aprovechando a fondo la superficie del papel, presenta una letra y un pulso generalmente homogéneos, lo que indica que está puesto en limpio. Son un total de 91 folios escritos que conforman 52 apuntaciones o, como él las denomina en su propio texto en cuatro ocasiones, artículos. Cada uno es una breve nota o un ensayo temáticamente independiente de los demás, que puede ocupar desde tres líneas a varias páginas. En ocasiones, el contenido de algunos ensayos correlativos muestra cierta continuidad entre sí (I, 1 a 4: observaciones en

25. P. Ortiz Armengol, *El año que vivió Moratín en Inglaterra, 1792-1793*, Madrid, Castalia, 1985.

la calle; I, 6 a 11: política y costumbres inglesas en torno a la mesa), aunque su desarrollo suele ser casi siempre meramente acumulativo, discontinuo y desorganizado; a veces, otros hacen referencia a uno anterior (I, 26, fol. 23r: «Se ve también una figura [...] de quien se habló en el artículo 15»²⁶).

El tercer cuaderno se diferencia netamente de los demás por ser en su totalidad un informe sobre el estado del teatro en Inglaterra y un extracto de su historia, traducido de varias obras inglesas (cuyos títulos son indicados en el texto). No incluyó Moratín aquí, como sí hará en el *Viaje a Italia*, la lista de obras teatrales que vio en Londres; algunas de ellas quedaron recogidas en otros escritos al margen de estas *Apuntaciones*²⁷. Que dedicara todo un cuaderno a sintetizar los aspectos materiales e interpretativos del teatro inglés no extraña: además de ser la principal dedicación y devoción moratiniana (junto con el chocolate y aquella otra actividad que reserva para su diario íntimo), recordemos que a los pocos meses de su estancia había solicitado a Carlos IV y a Godoy la creación de una plaza de director de los teatros en Madrid, puesto que él habría de ocupar, argumentando a su favor, entre otras cosas, los conocimientos que de éste había adquirido «por medio de sus viajes a los países extranjeros» (carta a Carlos IV fechada en Londres, 14 de diciembre de 1792)²⁸. De alguna manera tenía que justificar estos conocimientos.

Los otros tres cuadernos contienen de forma similar artículos, por frecuencia de aparición, primero sobre usos y costumbres, incluyendo moral y religión, segundo sobre política y economía, a menudo relacionadas ambas con la prensa periódica, y en un tercer lugar más minoritario, ciencia y arte. El último cuaderno tiene sólo 5 notas breves y varias hojas en blanco, por

26. Cito siempre por mi propia transcripción del ms. de las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, Biblioteca Nacional de Madrid ms. 5891. Tengo en cuenta, para resolver sus tachaduras y reconstruir los fragmentos perdidos, *Copia de escritos suyos*, BNM, ms. 6409 (que incluye «Copia de las apuntaciones de Inglaterra», cuadernos 1 y 2) y *Copia de las Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, BNM, ms. 7777.

27. Vid. L. F. de Moratín, *Reflexiones sobre los dramas de Shakespeare*. [s.a.] 3 hs., BNM, ms. 12962 (73), *Noticias sobre obras dramáticas y escritores ingleses*. [s.a.] 3 hs., BNM, ms. 18666 (7), y [*Pasajes traducidos de tragedias inglesas*.] [s.a.] 7 hs., BNM, ms. 18666 (15). En *Obras póstumas*. Ed. de J. E. Hartzenbusch, Madrid, [Rivadeneira], 1867-1868, III, pp. 176-187, se reproducen los dos primeros documentos: allí se comentan cuatro obras de Shakespeare (*Vida y muerte de Ricardo III*, *Enrique VIII*, *La tempestad* y *Julio César*) y otras diez obras inglesas, supuestamente vistas o leídas durante su estancia londinense. Susi Hillburn Effross, en «Leandro Fernández de Moratín in England», *Hispania*, XLVIII (1965), 43-53, describe y glosa el contenido de las *Apuntaciones* y dedica la mitad del artículo al tema teatral, señalando precisamente las obras que Moratín vio y los libros que pudo leer al respecto.

28. *Epistolario*, nº 34, p. 140.

lo que parece inacabado, al menos en contraste con los dos primeros, que presentan 29 y 13 apuntaciones, respectivamente. El segundo cuaderno se caracteriza además porque no todo él se refiere a Londres, como el resto, sino que en tres notas presenta tres excursiones distintas fuera de la capital, a Portsmouth, Greenwich y Richmond. Estas apuntaciones son totalmente distintas al resto, hasta el punto de que el narrador, en la primera de ellas, la denomina no artículo, sino «la relación de este viaje» (II, 8, fol. 41r). Presentan la estructura del itinerario seguido, anotando las millas recorridas, el gasto efectuado, el estado de coches, caminos y posadas, y lo más sobresaliente de los distintos lugares visitados (principalmente edificios –no sólo palacios, castillos y catedrales²⁹, sino también fábricas, astilleros, almacenes y hospitales–, obras de arte –sobre todo pictóricas– y jardines), además de incluir algunos dibujos (cinco en total: uno de la diligencia que le llevó a Southampton –fol. 34v– y cuatro de un par de aparatos mecánicos: una sierra circular y una bomba aspirante de dos émbolos, que observó en un taller de carpintería que fabricaba piezas de madera para la construcción naval –fol. 36v–).

El grado de elaboración de este primer libro de viaje es muy superior al que escribirá durante su estancia en Italia. Para empezar, no tiene como aquél la estructura de un diario, que obliga a la servidumbre de apuntar sobre la marcha el itinerario de cada día, lo visto en cada jornada, lo observado en cada ciudad, de forma casi siempre prolija, repetitiva y fragmentaria, sin poder tratar detenidamente un tema en concreto, como hace aquí. No relata ni su llegada a Londres ni su salida de él; podríamos decir que comienza *in medias res*. Incluso la nota en que hace mención al olor a carbón que se percibe «Al entrar por la primera vez en Londres» –I, 27, fol. 24r– (Cadalso en *Los eruditos a la violeta*, Ponz en su *Viaje fuera de España*, tomo II, carta II, 28 y 30, y luego Blanco-White en la primera de sus *Cartas de Inglaterra*, también hacen referencia a ello), no está al comienzo de las *Apuntaciones*, como sería de esperar si hubiera seguido un orden cronológico, sino en la

29. En estas excursiones hay, al menos en dos ocasiones, una valoración positiva del arte gótico: «Hay en esta iglesia [la catedral de Winchester] varios sepulcros de preladados y otros grandes personajes, y en algunos de ellos es de admirar la delicadeza del estilo gótico» (II, 8, fol. 35v); «La iglesia del palacio [de Windsor] es de gusto gótico: muy clara, alegre, limpia y desembarazada» (II, 8, fol. 39v). Podemos añadir estas opiniones favorables de Moratín (contemporáneas al *gothic revival* anglosajón) a las ya conocidas de Ponz, Jovellanos o Capmany en su valoración positiva del gótico a finales del siglo XVIII, lo que supone una ruptura con la estética clasicista. Vid. Ignacio Henares Cuéllar, *La teoría de las artes plásticas en España en la segunda mitad del siglo XVIII*, Granada, Universidad, 1977, pp. 192-205.

parte final del primer cuaderno. No escribe de todos los sitios que visita (por ejemplo, sus numerosos paseos por parques o jardines, sus habituales paradas en cafés, o sus visitas al consul), lo que sabemos gracias a su diario personal. No sigue un orden cronológico o topográfico, salvo en las excursiones citadas, aunque, en este caso, si las comparamos con su diario, tampoco las refiere en el orden en que se realizaron.

Estas apuntaciones se estructuran, en general, de cuatro maneras distintas. En primer lugar, pueden consistir en una descripción particular de lo observado, sin reflexión ni comentario ninguno, quizá porque su autor considera que el mero hecho de la descripción ya es suficientemente ilustrativo como para inferir su significado. Cuando la observación o enumeración es aguda, ya encierra su propio comentario, en la mayoría de los casos, irónico. Este tipo de nota predomina en el primer cuaderno, lo que no es raro: ante una sociedad extraña, el viajero anota simplemente aquello que le llama la atención por no coincidir con sus costumbres. Un ejemplo: en la primera apuntación del cuaderno cuarto, Moratín transcribe sin más una inscripción que ha visto, en agradecimiento a un sujeto que bajó el precio del ponche (lo que parece una parodia de las inscripciones latinas recogidas abundantemente por los libros de viaje que seguían la tradición humanística). En segundo lugar, encontramos notas que van de lo particular a lo general, es decir, que en este caso sí que se extrae una reflexión de lo observado. La famosa nota (I, 11) sobre los elementos que se utilizan para servir el té en Inglaterra —magnífico ejemplo de enumeración premiosa e irónica— acaba con un epifonema en el que se protesta de que las necesidades ficticias impiden la libertad tanto de los cortesanos como de sus sirvientes³⁰. En tercer lugar tenemos el caso contrario, es decir, apuntes que van de lo general a lo particular: enuncian una característica en abstracto y enseguida pasan a ejemplificarla con hechos concretos. Así, en la nota cuarta del último cuaderno, tras señalar la facilidad, comodidad y rapidez de la red de comunicaciones en Inglaterra, el narrador la ejemplifica mediante una pequeña estadística, contando el número de coches de camino que vio en su calle «el día 13 de Julio de 1793» durante una hora («desde las siete a las ocho de la tarde», IV, 4, fol. 89v). Por último, también hay consideraciones generales que no se ilustran con casos particulares. Éstas, a su vez, pueden ir acompañadas o no de reflexiones. Ejemplo de nota general sin reflexión

30. Cf. los razonamientos análogos de Moratín, *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, I, 12, fol. 10v: «¡Cuántas manos trabajan para que el cortesano sorba un poco de agua caliente!» y Montesquieu, *Cartas persas*, CVI: «Para que viva un hombre con delicias, es forzoso que trabajen sin cesar otros ciento» (Madrid, Tecnos, 1986, p. 152).

puede ser la 15 del primer cuaderno, donde al hablar de la religión anglicana se limita a copiar los 39 artículos que la conforman, sin permitirse el más mínimo comentario³¹. Nota general con reflexión es la 19 del mismo cuaderno, dedicada a explicar el orgullo del pueblo inglés, que es juzgado con gran dureza.

El narrador suele poner especial empeño, y casi siempre lo consigue, en mostrar que sus apuntes, sean del tipo que sean, son originalmente elaboración de experiencias personales, queden éstas reflejadas en el texto o no. Cuando la información no procede de su propia experiencia, Moratín suele citar la fuente de donde la ha extraído: en dos apuntes consecutivos (I, 17 y 18) sintetiza noticias económicas procedentes de la prensa, señalando incluso el título de la publicación y su fecha. La nota primera del cuaderno segundo todavía va más allá, puesto que es fiel transcripción de una panfletaria carta abierta, escrita en francés, dirigida al rey de Inglaterra, que se publicó en *Le Moniteur* el 22 de febrero de 1793. Estas apuntes no van acompañadas de comentarios. El único libro de viaje que cita es el *Viaje fuera de España* de Antonio Ponz, para confirmar su descripción sobre la catedral de San Pablo (I, 12). A excepción de esta iglesia, y al contrario de lo que hace Ponz, Moratín no describe ningún otro edificio de Londres. Claro que sus libros de viaje son divergentes, porque si Ponz escribe «yo no he venido a juzgar de los hombres, particularmente en materias políticas y morales» (*Viaje fuera de España*, tomo II, carta II, 2), Moratín hace todo lo contrario, centrándose en los usos y costumbres. De este modo, realiza pequeñas observaciones de transeúnte atento a la prosaica vida cotidiana, sobre todo a la de unas ascendentes clases populares: encontrones por las calles (tropiezos que también destacan las caricaturas de la época³², así como uno de los personajes de las *Cartas persas* nada más llegar a París –carta XXIV–), barrenderos, venta ambulante, carteles en las tiendas, curas anglicanos con esposa e hijos, gentes a caballo o en coche, borricos que tiran de carros, cortejos fúnebres, muchachos que vocean la prensa... tanto es así, que en una apuntación Moratín protesta del aburrimiento del domingo en Londres, porque «Las tiendas están cerradas, no se vende nada por las calles, desaparece la mayor parte de los coches, no hay teatros ni otro espectáculo» (II, 11, fol. 46v)³³. Tanto en el hecho de no describir la gran arquitectura,

31. A estos treinta y nueve artículos hace también referencia Blanco-White en la sexta de sus *Cartas de Inglaterra* (aunque sin copiarlos).

32. *Vid.*, por ejemplo, G. Woodward, *The art of walking the streets of London*, o T. Rowlandson, *How to Walk the Streets*.

33. Voltaire establece una observación análoga en sus *Cartas filosóficas*: «A ellos [los

como era lo acostumbrado y, por el contrario, hacer de la calle un espacio dispuesto para la contemplación del bullicio urbano, como en su laica queja dominical, y en el resultado de ambas cosas, esas breves apuntaciones, Moratín resulta muy moderno, seguramente sin saberlo y sin querer.

Cada una de estas apuntaciones está escrita a conciencia, seleccionando bien su objeto y con un estilo literario muy cuidado, antirretórico y dinámico, correcto pero ágil y vivaz, sin rehuir el coloquialismo cuando el pasaje lo requiere. Combina la descripción de los hechos más significativos y la punzante reflexión sobre los mismos, en muchas ocasiones con una inteligente ironía que lo dice todo con la mínima cantidad posible. Este recurso caracteriza al narrador, que por lo demás apenas refiere circunstancias personales, al contrario que en el *Viaje a Italia*. Cuando desea que la apariencia de objetividad sea mayor, emplea diversas construcciones de impersonalidad («se ve» -1, 5, fol. 3v; 1, 12, fol. 11r y 11v; 1, 26, fol. 23r, etc., «se ven» -1, 5, fol. 3v; 1, 12, fol. 12r; 1, 14, fol. 13r; 1, 20, fol. 17v, etc., «se habló» -1, 16, fol. 13b v; 1, 26, fol. 23r-, «se percibe» -1, 21, fol. 18v; 1, 27, fol. 24r-, «se ha dicho ya» -2, 7, fol. 34r-, «se goza» -2, 8, fol. 37v y 39v; 2, 10, fol. 44v-, «se hallan» -1, 5, fol. 3v-, «convendrá apuntar» -1, 9, fol. 5v-, «parece» -1, 12, fol. 11r-, «sorprende» -4, 3, fol. 89r-, «admira» -4, 3, fol. 89v-). Sin embargo, en otras ocasiones le interesa autorrepresentarse, implicarse directamente en la escena que describe, bien para reforzar con su presencia la sensación de veracidad y de cercanía a lo descrito o narrado («he visto» -1, 3, fol. 3r; 1, 14, fol. 13v; 1,

presbiterianos] se debe la santificación del domingo en los tres reinos; esos días está prohibido trabajar y divertirse, lo que es el doble de la severidad de las iglesias católicas; no hay ópera, no hay comedias, no hay conciertos en Londres el domingo; incluso las cartas están expresamente prohibidas que sólo la gente de calidad y lo que se llama gente honrada juegan ese día. El resto de la nación va al sermón, al cabaret y a casa de las mujeres de vida alegre». Trad. de F. Savater, Madrid, Alianza, 1988, p. 62. Cf. la pervivencia de la observación en R. Pérez de Ayala: «Domingo. Día del Señor; día tedioso e infinito, sordo y solemne [...] Domingo, y en Inglaterra, he aquí el único caso en que concibo que ideas de suicidio y autodestrucción germinen en la mente humana» («La plaga de las tinieblas», *ABC* (27 de enero de 1908), en *Crónicas londinenses*. Ed. de A. Coletes Blanco, Murcia, Universidad, 1985, pp. 76-77), y en J. Camba, «Una tarde en 'Cosmopolis': «el domingo londinense no tiene otro atractivo más que el que le da 'Cosmopolis' [...] porque desde los tiempos de Shakespeare, ningún domingo había habido teatro en Londres» (*Londres* [1916], Madrid, Espasa-Calpe, 1986, p. 150). Trasladado a París, cf. el motivo en E. Vila-Matas, *París no se acaba nunca*, Barcelona, Anagrama, 2003, cap. 57, pp. 115-117. Vid. el desarrollo del tópico en R. Alarcón Sierra, «La ciudad y el domingo; el poeta y la muchedumbre (de Baudelaire a Manuel Machado)», *Anales de la Literatura Española Contemporánea* [Society of Spanish and Spanish-American Studies, EE.UU.], 24, 1-2 (1999), 35-64.

20, fol. 17v, etc.—, «asistí» —1, 9, fol. 5v y 6v—, «logré entrar» —1, fol. 7v—, «hallé» —1, 12, fol. 11r y 11v; 1, 26, fol. 23r; 2, 8, fol. 38r y 41r—, «volví» —2, 8, fol. 38r—, «yo vi» —1, 14, fol. 13v—, «yo fui» —2, 8, fol. 34v—, «yo conté» —2, 12, fol. 47r—, «yo las compararía con» —3, fol. 66r—), bien para sancionar las opiniones y juicios de valor que emite sobre lo que describe («creo» —1, 12, fol. 10v; 2, 13, fol. 47v; 4, 4, fol. 89v—, «me pareció» —1, 9, fol. 8r; 1, 12, fol. 11r; 2, 8, fol. 35r y 39r, etc.—, «me atrevo a decir» —1, 12, fol. 11r—, reforzadas a veces por expresiones que focalizan la atención sobre sí mismo y lo que va a decir, como «una observación que hice» —1, 12, fol. 12r—, «¡qué terrible consideración me ocurre!» —1, 25, fol. 21r—, «a mi entender» —1, 22, fol. 19r; 2, 11, fol. 46v; 3, fol. 52r—, «me acuerdo (entre paréntesis) de haber oído» —2, 13, fol. 48r—).

El personaje adquiere completamente la máscara del viajero filósofo que, solitario (aunque por su diario sabemos que Moratín en la mayoría de las ocasiones iba acompañado) y en un país extraño, desvela el carácter y los secretos de esta nación para los compatriotas de posición social análoga a la suya, lectores implícitos no representados para los que se configura el libro. De hecho, en dos artículos se refiere directamente a la difícil situación del extranjero en Londres (I, 19 y II, 3), generalización que también es un modo de objetivar su discurso. Observar una sociedad sin pertenecer a ella le permite adoptar un punto de vista distanciado y desmitificador, habitual en los libros de viaje, compensando esta posición periférica con el análisis detenido del interior de esta sociedad. Además, el proceso de comprensión traslada al narrador de su posición excéntrica hacia el lugar central, pues siendo el intérprete se convierte en el centro de interés. Por ello, el estilo del narrador reviste una importancia particular, donde cualquier palabra se carga enseguida de un doble sentido y cualquier descripción o enumeración supone su propio comentario (como ocurre, por ejemplo, en el mero enunciado de la «Lista de los trastos, máquinas e instrumentos que se necesitan en Inglaterra para servir el té a dos convidados en cualquiera casa decente», 1, 11, fol. 10r).

Algo que no falta en ningún libro de viaje es la comparación de lo observado con las realidades análogas del país del viajero, por una doble motivación: tener elementos conocidos con que contrastar las realidades observadas, y señalar los aspectos en que cada nación sobresale. En el primer tipo, entendido como parámetro general que sirve de orientación y medida ante los nuevos fenómenos, Moratín hace continuas comparaciones. Así, las figuras de paja que se queman en Londres el 5 de noviembre son «perfectamente parecidas al pelele que se mantea en Madrid el Martes

gordo» (I, 4, fol. 3r); los sitios reales y jardines de Windsor, Hampton Court o Kew son equiparables a los de Aranjuez (II, 8-10), los coches alquilones de segunda clase «equivalen a nuestros simoniacos» (IV, 2, fol. 87r), la gradería del Teatro de la Ópera es semejante a la cazuela de los teatros de Madrid (III, 1), o las arias y canciones de las piezas cómicas «yo las compararía con las tiranas y seguidillas del teatro español» (III, 2, fol. 66r). Por ende, un tipo de comparación muy interesante que ahora apenas hace Moratín, y que va a prodigar mucho más en su diario de Italia, es la de establecer analogías entre el teatro y cualquier otro tipo de manifestaciones artísticas; en este caso, por dos veces establece la ecuación de que las caricaturas son a la pintura lo que las farsas a la comedia, llegando a comparar los recursos de unas y otras (I, 20 y IV, 2).

En cuanto al segundo tipo, la verdaderamente ilustrada, Moratín pocas veces compara directamente Inglaterra con España; sus alusiones a las realidades de su país son escasas pero, cuando lo hace, éste sale perdiendo; así, en la eficacia de los *clubs*, en oposición a «lo poco que han hecho/ nuestras sociedades» (I, 10, fols. 9v-10r); en la formación femenina, menos «atada y monjuna» que la española (I, 16, fol. 14r); en la construcción de estufas y chimeneas («Si éstas fueran tan mal construidas como las de España, presto mori/rían ahogados cuantos habitasen los cuartos donde las hubiese», fol. 24rv) y en el aprovechamiento de las minas de carbón («En España hay también minas de ello; pero en España sólo se hace caso de las minas del Perú: origen funesto de nuestra inacción y nuestra pobreza», I, 27, fol. 24v); en el estado de las posadas («¡ojalá pudieran compararse con ellas nuestras fondas de Madrid!», II, 8, fol. 41r) o en el uso de muebles de calidad («Nosotros, dueños de toda la América y de Filipinas, no gozamos de este privilegio, y tal vez compramos a los ingleses estos muebles mismos», ocasión que Moratín aprovecha para denostar «nuestro depravado gusto en las artes, nuestra poca actividad e industria», I, 29, fol. 25r). En el apartado teatral, las decoraciones, la declamación y la representación son mejores que las de Madrid, aunque, eso sí, en todos los aspectos el teatro francés supera al inglés. En lo único que España supera a Inglaterra es en el tamaño de la iglesia de El Escorial, mayor, según Moratín, que la de San Pablo.

La autorrepresentación del personaje viajero destaca sobremanera en la apuntación novena del primer cuaderno, extensa y muy distinta de las demás, no únicamente por lo anterior, sino por los recursos narrativos puestos en juego, poco habituales en el resto del libro. En ella se hace un completo relato de la asistencia del narrador («Llevado de la curiosidad asistí a esta función», fol. 6v) a un banquete público donde los oradores

defendieron el libro censurado de Thomas Payne *Derechos del hombre* (que Jovellanos leyó, tal como anota en su diario quinto, del 19 de noviembre de 1794 en adelante). En este caso, Moratín, que acude por vez primera a una discusión pública de una cuestión política, plenamente de actualidad por su relación con la revolución francesa, y donde los oradores se manifiestan en contra de la posición de su gobierno, hace una completa crónica de los hechos. El narrador crea una gran expectación resumiendo los antecedentes y el contenido de los discursos, además de recrear verbalmente la electrizante atmósfera del acto, donde se representa a sí mismo en medio del bullicio y la multitud («a costa de empujones crueles y a peligro de morir sofocado entre la multitud de gente que se precipitaba a tomar asiento, logré entrar en la sala», fol. 7v). Su crónica resulta emocionante, porque el narrador, pese a sus tentativas de objetividad, transmite la importancia de los acontecimientos y se impregna de ellos, especialmente cuando transcribe fielmente las palabras de Thomas Erskine: «Concluyó, pues, diciendo que el medio más vigoroso de contener el despotismo consistía en instruir al pueblo sobre sus verdaderos intereses; que esto no se lograba sin la circulación de opiniones; y que éstas no podían manifestarse sino por medio de la prensa, cuyo uso libre e independiente del Gobierno era absolutamente necesario para la corrección de tantos abusos, para sostener la libertad inglesa, ya vacilante, y apresurar, con la instrucción pública, la prosperidad de la nación» (fol. 7rv). No extraña que toda esta exposición fuera tachada en el manuscrito por mano ajena.

El lector intuye la comprensión de Moratín hacia lo manifestado, y lo puede confirmar si relaciona esta apuntación con un irónico párrafo de una carta a Melón fechada el 21 de diciembre de 1792, donde, sin citarlo, parece que está hablando del acto al que ha asistido: «El contagio de la falsa Filosofía ha cundido aquí, a pesar del frío que hace [...] Dicen que es menester hacer un nuevo arreglo de Parlamento, y que la Nación no está legalmente representada [...] Se quejan también, con igual injusticia, de las riquezas del clero, la distribución de impuestos, los privilegios de varios cuerpos y particulares, y otras cosas, que anuncian los progresos que van haciendo en esta gente las erradas máximas de los modernos. De otro modo pensaban nuestros abuelos, y el pan valía más barato, y había más christiandad y más temor de Dios»³⁴.

Hay otro momento en que también sorprende el grado de autorrepresentación del personaje viajero, y es cuando en su cuarto de la posada de Southampton descubre un biombo «aforrado con unas conclusiones

34. *Epistolario*, nº 36, p. 146.

vallisoletanas»: «así como Eneas se extasió al ver en las pinturas de Cartago representada la guerra de Troya y D. Quijote perdió los estribos a vista de las tobosescas tinajas, así yo me llené de entusiasmo patriótico» (II, 8, fol. 38r). Pese a este entusiasmo hiperbólico, nada aparece en su diario. En este caso, la ficcionalidad quizá no sólo esté en los dos personajes con los que irónica y desvergonzadamente se compara Moratín. No se ha reparado en que, en una carta que había escrito poco antes a su amigo Melón, cita algunos de los mismos humanistas y eruditos que ahora dice encontrar en estas expatriadas conclusiones vallisoletanas, como Natal Cómite (Natale Conti) y Maluenda³⁵. Parece excesiva casualidad. Es posible que el escritor esté siguiendo el consejo de amenizar los libros de viaje con pequeñas anécdotas que, sin ser falsas, muchas veces requerían cierta adaptación narrativa.

Inglaterra, a finales del siglo XVIII, representaba el compendio del progreso y la libertad ilustrada, mucho más desde el estallido de la revolución francesa. El grado de libertad personal y desarrollo económico que gozaban los ciudadanos ingleses a fines del XVIII era prácticamente desconocido en el resto de Europa, y no digamos en España. Moratín no puede dejar de admitir y de admirar que se trata de «una nación en que las artes, el tráfico, la industria, la agricultura, las ciencias han llegado a un punto de perfección admirable», como él mismo escribe en la última nota del libro (IV, 5, fol. 90v). Muchas de sus observaciones tienen precisamente como escenario la calle, y Moratín muestra en estas apuntaciones una sensibilidad especial para destacar el movimiento dinámico y cotidiano de una gran ciudad: su gran actividad, los tropiezos callejeros, la nueva pobreza urbana (que no tiene nada que ver con la tradicional mendicidad que verá en Italia), los anuncios en las tiendas, el gran número de coches. Todo lo que Londres tiene de urbe moderna, cuya sociedad está inmersa en un proceso de industrialización imparable, donde lo importante ya es la rapidez del intercambio de mercancías, como bien destaca al hablar en la primera nota del libro de la velocidad con que caminan los ingleses, y en las notas finales, de la prensa (IV, 3) o de las comunicaciones (IV, 4). Es el triunfo del

35. Cf. *Epistolario*, nº 37, p. 149, carta desde Londres a Juan Antonio Melón (1 de febrero de 1793): «El Embaxador me adora, por cuyo motivo voy a comer con él de mes a mes, apoyado en aquello de mayor e longinquo, &a [Tácito, *Anales*, I, 47, 3]., que dijo Cornelio a Lápidre, y con él Natal Cómite, Maluenda y otros»; y la apuntación, II, 8, de la excursión del 1 al 12 de mayo de 1793: «su dedicatoria con citas de Ravisio Textor, San Jerónimo, Plinio el menor, Natal Cómite, Maluenda y Picinello» (fol. 38r).

capitalismo industrial y de lo público. Lo importante no es sólo percibirlo, sino cómo afecta internamente a su libro. Salvo en sus apuntes teatrales y en sus excursiones fuera de Londres, Moratín no organiza sus notas conforme a la razón ilustrada, siguiendo algún tipo de orden tradicional, sino mediante el azaroso y desordenado estímulo que la observación de la urbe le proporciona en cada momento. La única manera en que Moratín trata de articular globalmente la complejidad urbana es mediante un procedimiento típico que también encontraremos en el *Viaje a Italia*, la visión panorámica de la ciudad desde lo alto: bien desde el campanario de San Pablo (I, 12), bien desde el observatorio de Greenwich (II, 9), o bien desde «lo más alto de la ciudad» de Richmond (II, 10, fol. 44v).

Reflexión habitual en los libros de viaje, al hablar de los usos y costumbres de otros pueblos, es la del relativismo cultural: Moratín la establece en la nota I, 16, compartiendo la estela de autores como Montesquieu, Addison o Cadalso: «Lo que es hermoso a los ojos de un hotentote podrá ser horrible a los de un lapón; un persa y un apache seguirán opinión distinta en puntos de belleza física, disputarán eternamente sin entenderse, y todos tendrán razón» (fol. 13v). Pero este relativismo no es azaroso ni inmotivado: siguiendo la teoría que relaciona las ideas morales de una sociedad con las condiciones naturales de que depende, Moratín establece que este relativismo en los pareceres tiene su razón de ser en la «variedad increíble en los diferentes climas y países del mundo» (fol. 14r).

No obstante, la sociedad británica le produce sentimientos contrapuestos. Por un lado, la organización civil que observa colma sus expectativas de ilustrado: el buen funcionamiento de los *clubs* (I, 10), la eficacia asistencial de la caridad pública y de los hospitales (II, 4); las libertades cívicas, que admiten la crítica al gobierno en los actos públicos (I, 9), las caricaturas (I, 20) o la prensa (IV, 3)³⁶; la educación de la mujer (cuya libertad simboliza Moratín genialmente en el tamaño de sus pies, convirtiendo una anécdota

36. Para las caricaturas satíricas que vio Moratín en Londres, *vid.* Herbert M. Atherton, *Political prints in the age of Hogarth: A study of the ideographic representation of politics*, Oxford, Clarendon Press, 1974; John Brewer, *The common people and politics, 1750-1790s*, Cambridge, Chadwyck-Healey, 1986; J. A. Sharpe, *Crime and the law in England satirical prints, 1600-1832*, Cambridge, Chadwyck-Healey, 1986; Paul Langford, *Walpole and the robinocracy*, Cambridge, Chadwyck-Healey, 1986; Mark Hallett, *The spectacle of difference: graphic satire in the age of Hogarth*, New Haven, Published for The Paul Mellon Centre for Studies in British Art by Yale University Press, 1999; o F. Javier Docampo Capilla, *Hogarth y la estampa satírica en Gran Bretaña*, Madrid, Electa-Biblioteca Nacional, 1999.

en categoría: I, 16)³⁷, o la libertad de etiqueta de los nobles (II, 6)³⁸. Otras costumbres inglesas sólo le despiertan una suave ironía, sin llegar a una firme condena moral, como su paradigmática embriaguez (I, 7), los rituales del brindis y del té, su extravagancia nobiliaria o su pompa fúnebre (aspecto éste también destacado brevemente por Ponz en *Viaje fuera de España*, tomo II, carta II, 57. De modo análogo, Montesquieu, por boca de Usbek, criticaba en las *Cartas persas* –XL– las ceremonias funerales de los europeos, dada su inutilidad para el verdadero protagonista del acto).

Relacionado con este último aspecto, Moratín se refiere brevemente a otra *costumbre* inglesa *muy de moda* a finales del siglo XVIII: la del suicidio (cuestión a la que Montesquieu ya se había referido, de modo general, en la carta LXXVI de sus *Cartas persas*, y, concretándola en el caso de Inglaterra, en los capítulos XII y XII del libro XIV en *Del espíritu de las leyes*, que ahora *Werther* estaba popularizando en toda Europa). Paradójicamente, y con ironía soterrada, el viajero no lo presenta como un acto de pasión y sentimiento, sino como un acto propio de la razón (en línea con el propio Montesquieu y con Maupertuis³⁹): «Las circunstancias exaltan el

37. Ya Montesquieu en *Del espíritu de las leyes* había señalado el mayor protagonismo de la mujer (y hasta cierta especie de igualdad entre los dos sexos) en los países fríos, puesto que sus atractivos se conservan mejor que en los países cálidos y, frente a la intemperancia de los hombres, aficionados a las bebidas fuertes por causa de los mismos rigores del clima, conservan sobre ellos la ventaja de la razón (libro XVI, cap. II); previamente, al escribir «Del gobierno de las mujeres» en el cap. XVII del libro VII, ya había citado el ejemplo de Inglaterra, y posteriormente mencionará el abuso de las jóvenes inglesas para casarse según su capricho, sin consultar a sus padres (libro XXIII, cap. VIII). *Vid.* además Alvin F. Sherman, «Women's Feet: Moratin's Metaphor of Freedom and Progress», *Ojancano. Revista de Literatura Española*, 11 (1996), 51-65.

38. Observación en la que Moratín coincide con Blanco-White: «Jamás me canso de admirar la sencillez decorosa con que se presentan aquí los primeros potentados, y hasta los miembros de la familia real» (*Cartas de Inglaterra*, VII, Madrid, Alianza, 1989, p. 96).

39. Montesquieu, *Del espíritu de las leyes*, XIV, cap. XII: «los ingleses se matan sin que podamos imaginar ninguna razón que les determine a ello; se matan aun cuando gocen de plena felicidad [...] Entre los ingleses es efecto de una enfermedad, depende del estado físico del organismo y es independiente de cualquiera otra causa [...] el alma no siente dolor, pero sí cierta dificultad para existir»; por todo ello, el suicidio, «en Inglaterra no puede castigarse». En el capítulo siguiente, el XIII, se refiere al suicidio como una de las «Consecuencias del clima de Inglaterra», «una nación afectada por una enfermedad del clima hasta el punto de causar el hastío de todas las cosas y hasta de la vida» (Barcelona, Orbis, 1984, I, p. 205). En cuanto a Maupertuis, F. Sánchez-Blanco señala que en *El ensayo de filosofía moral* de Pierre Louis de Maupertuis, traducido por Lope Núñez de Peralveja en 1786, se planteaba la cuestión del suicidio de manera semejante (*El ensayo español*, 2. *El siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 323).

temperamento melancólico de esta gente, y a fuerza de raciocinar, concluyen que es necesario matarse» (I, 24, fol. 20r). Moratín hace depender este hecho del tiempo atmosférico —que a él mismo le había afectado—; acudiendo a las estadísticas, «La época/en que se verifican más suicidios es en el invierno», lo cual «no es muy extraño, puesto que el invierno (especialmente en Londres), húmedo, nebuloso y triste, es capaz de dar fastidio al hombre más bien hallado con su existencia» (fol. 20v). El razonamiento es propio de la teoría que hace depender el carácter de los hombres del clima que padecen. Los tres adjetivos con que califica el tiempo inglés son muy similares a los que Cadalso había empleado en la LXVII de sus *Cartas marruecas* para referirse al cielo de Londres —«triste, opaco y caliginoso»— como el apropiado para sus *Noches lúgubres*, donde la idea del suicidio es permanente. Esta analogía nos lleva de nuevo a la anterior apuntación sobre la pompa funeral (II, 13), que acaba con una referencia a las verjas que rodean algunas sepulturas, necesarias «para evitar los insultos de los muchachos, que son regularmente los que más profanan estos lugares de horror» (fol. 49r). Es inevitable no establecer una correspondencia, siquiera inconsciente, entre la tétrica acción que enuncian estas líneas (cuyo sustantivo final introduce un matiz ausente en el resto de la nota, pero apropiado al «género sepulcral» de finales del XVIII) y el propósito de Tediato en las *Noches lúgubres* de desenterrar el cadáver de su amada. Precisamente, en el *Viaje a Italia*, Moratín mencionará irónicamente «las *Noches* de Young», el modelo reconocido por Cadalso para la creación de sus *Noches lúgubres*.

Frente a los elogios a la sociedad inglesa, no puede menos que rechazar lo que él llama «el culto que se da al dios Dinero en esta nación» (II, 7), donde el valor de un hombre «es en razón del dinero que tiene» (fol. 34r). Ello lo demuestra con un ejemplo magnífico, mediante el que representa la difícil posición del hombre de letras en la moderna sociedad de mercado, tema que se va a repetir una y otra vez, con una formulación muy parecida, en los dos siglos siguientes: «Si el Tas[s]so, Cervantes, Milton, Camoens, atravesaran por una calle de Londres [...] dirían (según la frase vulgar): *aquellos cuatro que van por allí, valdrán, uno con otro, doscientos reales*» (fol. 34v). Sintomático de lo que denominaré, con acuñación conocida, esta situación del arte en la era de la reproducción mecánica, o de la relación del arte con la industria y el comercio, es que, en este apartado, Moratín sólo reseñe en Londres, al margen de la catedral de San Pablo (que, con todo, «parece un edificio desalquilado», I, 12, fol. 11r)⁴⁰, lo que son artes mercantilizadas: la

40. Esta crítica es un motivo recurrente; cf. su empleo —irónico— en H. Heine: «yo, que

colección de pinturas poligráficas de la calle Pall Mall (I, 5), las tiendas de caricaturas (I, 20) o una exposición académica (II, 12), todo al alcance de quien pueda pagarlo⁴¹. A este respecto, la aseveración del propio Moratín me ahorrará cualquier otro comentario: «Las artes de Inglaterra dependen tanto del tráfico y comercio que lo que no se hace para venderse por/docenas no se hace bien: por eso sus estampas son tan excelentes, y sus estatuas tan ridículas» (fol. 47rv).

Moratín destaca que incluso la religión, dada la libertad de culto (I, 15), o las relaciones matrimoniales (I, 23), son vistas por los ingleses como un contrato, y si éste se rompe, por ejemplo con un adulterio, hay que pagar una cantidad⁴². Y por cierto, tras anotar este mercantilismo en la moral religiosa y sexual de los ingleses, y puesto que la iglesia anglicana admite el matrimonio de su clero, Moratín se divierte en otro apunte al imaginar irónicamente los «cuernos en la mitra de un Obispo inglés» (I, 25, fol. 21r, nota que, como era de esperar, fue tachada en el manuscrito). Tampoco se cansa de anotar en su libro que no hay acto o visita en donde no se deba pagar una entrada: «en Inglaterra nada se ve si no se paga» (II, 12, fol. 47r).

Por ende, tiene la valentía intelectual de mostrar que el mito del liberalismo inglés sólo en parte corresponde a la realidad. En la nota I, 19 analiza su sistema de gobierno, y, parafraseando el *Cándido* de Voltaire

soy protestante, luterano para más señas, siempre he sentido gran pesadumbre cuando los enemigos católicos se burlaban de lo vacías y dejadas de la mano de Dios que resultan las iglesias protestantes» («El viaje por el Harz» (1824), *Cuadros de viaje*, Madrid, Gredos, 2003, p. 61). La Catedral, sin embargo, da lugar a una sugerente observación que le sirve a Moratín para señalar la vanidad humana (de forma análoga al final de su «Epístola a D. Gaspar de Jovellanos»): «Una observación que hice después de esto me hizo olvidar todas las otras. Las piedras de que se ha formado este grande edificio se componen de arena y despojos marinos: el choque de los elementos, que ha alterado ya en muchas partes la superficie que las dio el cincel, ha descubierto una multitud de conchas confusamente unidas, y entre ellas se ven algunas, cuasi enteras, de las ostras que comúnmente se venden por las calles de Londres. Así es que con los animales y plantas marinas se ha podido edificar la iglesia de San Pablo, ¡qué mudanza tan maravillosa! Pero esta gran mole volverá al mar de donde salió, con el transcurso de los siglos; la soberbia ciudad que está a sus pies, centro de la opulencia, de la industria, de las artes, de la sabiduría y de los vicios, desaparecerá igualmente, y el nombre del caballero Wren, arquitecto de este templo magnífico, quedará altamente borrado en la memoria de los hombres. ¡Qué pequeños somos! Nada es grande, nada es durable sino Dios.» (I, 12, fol. 12r).

41. O bien entretenimientos más populares a los que también se accede pagando una entrada, como la casa de fieras de la calle Strand (I, 14): diez reales, o el gabinete de historia natural y curiosidades del «Museo Liveriano» –Leveriam Museum– (I, 26): doce reales.

42. Ya Montesquieu se refería a la utilidad política del divorcio en *Del espíritu de las leyes*, libro XVI, cap. XV, «Del divorcio y del repudio».

(que Moratín tradujo), muestra que su «gloriosa constitución», llevada a la práctica, no «es la mejor de las constituciones posibles», porque no se observa rigurosamente (fol. 15v)⁴³. Más adelante, en II, 3, se pregunta «¿Por qué son poderosos los ingleses?», y, aplicando la teoría de la carencia de clima y tierra (relación entre leyes físicas y consecuencias prácticas, culturales, económicas y morales, al modo de Montesquieu en *Del espíritu de las leyes*⁴⁴), se contesta que ha conseguido su riqueza industrial y comercial «en fuerza de las exclusiones injustas que se procura, valiéndose de la ignorancia y el descuido de las demás naciones, y ejerciendo un monopolio tiránico» (fol. 31r): el proteccionismo aduanero y arancelario de su comercio y de su navegación, «el despotismo atroz con que tiranizan el Asia», el contrabando y la usurpación en las colonias españolas, y la venta de productos manufacturados a los países de los que ha extraído las materias primas, mediante el comercio o el hurto (fol. 31v).

A un español no podía menos que resultarle antipático el peculiar carácter insular de los ingleses, pero Moratín no se limita a denostarlo, sino que lo entiende derivado de todo lo que acaba de exponer: su «ignorante orgullo», su «grosería insultante», su «ridícula altanería y presunción» (I, 19, fol. 17r), su «mezcla de [...] interés sórdido, genio suspicaz y desconfiado», su «ambición y espíritu de rapiña», la falta en su «genio nacional» de «franqueza, desinterés, magnificencia» (II, 3, fols. 30v y 32r), es consecuencia directa y necesaria del modo en que los ingleses han alcanzado el poder económico, industrial y comercial del que disfrutaban. En síntesis, Moratín muestra una contradicción propia en los escritores de su época: admira la libertad cívica de los ingleses, pero rechaza aquella organización económica que precisamente la ha hecho posible. Entre otras razones, porque Moratín se siente doblemente desplazado en esta sociedad, como bien dejan ver sus apuntaciones: en primer lugar, por

43. Es como si Moratín respondiera a Montesquieu, quien, en *Del espíritu de las leyes*, libro XI, cap. V, había escrito, refiriéndose a Inglaterra: «Existe también una nación en el mundo cuya constitución tiene como objeto directo la libertad política», y en el cap. VI, titulado precisamente «De la constitución de Inglaterra», concluía: «No soy quien para examinar si los ingleses gozan ahora de libertad o no. Me basta decir que está establecida por las leyes, y no busco más» (Barcelona, Orbis, 1984, I, pp. 143 y 151).

44. De hecho, Moratín sigue un razonamiento próximo a las premisas que Montesquieu desarrolla en *Del espíritu de las leyes*, libro XVIII, «De las leyes en relación con la naturaleza del suelo», caps. II-VIII, libro XIX, «De las leyes en relación con los principios que forman el espíritu general, las costumbres y los hábitos de una nación» (en cuyo extenso cap. XXVII analiza monográficamente el caso de Inglaterra de forma muy similar a como hace Moratín, aunque sin el disgusto y rechazo de éste), y libro XX, «De las leyes en relación con el comercio, considerado en su naturaleza y en sus distinciones», caps. VII y XII.

extranjero, y, en segundo lugar, por escritor. Ha comprendido el cambio de la situación social de los artistas en Inglaterra, que ya no dependen del patrocinio y la protección de los monarcas ni de sus gobernantes, como es su caso, sino de los partidos políticos, y, cada vez más, del gusto popular y de la circulación económica. Esto lo ha dejado bien claro al hablar de la pintura y de la prensa, que se venden al mejor postor. Lo mismo ocurre con el teatro, donde constata, contrariado, que *el populacho* tiene derecho, por el dinero que paga a la entrada, a exigir el tipo de espectáculo que quiere ver, e incluso a hacer repetir los fragmentos o canciones que más le gustan (III, 1)⁴⁵.

Moratín estaba indudablemente satisfecho con estas apuntaciones, puesto que se refiere epistolarmente a ellas no sólo a su amigo Melón (carta de 1 de febrero de 1793), con tono irónico: «vamos viendo algunas de las muchas cosas que hay que ver, de las cuales hemos formado una larga lista, y esto producirá a la patria doctísimas elucubraciones»⁴⁶, sino incluso a Godoy (en carta desde Bolonia, 28 de septiembre de 1793): «he estudiado las costumbres de aquella nación, sus leyes, su cultura, sus artes, sus preocupaciones, sus virtudes, sus vicios, y he hecho apuntaciones sobre todos aquellos objetos que me parecieron los más dignos de ser examinados por un observador imparcial»⁴⁷. Es evidente que menciona a su patrocinador este texto porque, llegado el caso, era digno de ser mostrado, lo que no sucedería con su diario italiano.

Los escasos autores que han analizado los libros de viaje de Moratín se han limitado a glosar su contenido y, en todo caso, a destacar su genio en el manejo del lenguaje, a considerarlo un adelantado a su tiempo, como hicieron Julián Marías o Luis Felipe Vivanco⁴⁸. Sin embargo, poco se ha insistido en

45. José Doval, en «Apuntaciones inglesas de Moratín», *Los Cuadernos del Norte*, 40 (1987), 36-44, señala diversos aspectos sociopolíticos y económicos de las *Apuntaciones*, que son estudiados más a fondo por Alvin F. Sherman, «Women's Feet: Moratin's Metaphor of Freedom and Progress», *Ojancano. Revista de Literatura Española*, 11 (1996), 51-65. Sherman localiza en las *Apuntaciones* «a complex matrix of metaphoric and metonymic paradigms which expose the social, economic and political malaise plaguing both England and his homeland» (p. 53); entre estas metáforas, analiza especialmente la de los pies de las mujeres inglesas en oposición a los de las españolas (I, 16). La conclusión es que «Moratin's matrix embraces three 'truths' concerning society and individuality: 1) The relevance of independent thought; 2) The essentiality of freedom, and 3) The results of restraint» (p. 55). El autor estudia dichos aspectos en varias apuntaciones, y señala los paralelismos con las ideas expresadas en la obra de Thomas Payne *The Rights of Man* (citada por Moratín en I, 9).

46. *Epistolario*, nº 37, p. 150.

47. *Ibid.*, nº 42, p. 159.

48. Julián Marías, «España y Europa en Moratín», *Los españoles*, Madrid, 1963²,

el carácter de escritura privada no institucional de sus apuntes, y es ésta precisamente una de las claves de su libre apariencia de modernidad: hoy son literatura, pero no lo fueron en el momento de su creación; en estos textos Moratín plasmó un proceso de escritura sin necesidad de pasar por la creación de una obra literaria. Por eso no somete su discurso a las normas de la preceptiva neoclásica de su tiempo, sino que conscientemente las bordea, a veces se introduce en ellas y a veces las abandona, creando entonces efectos de distorsión paródica. Ello supone, por tanto, la práctica de una posibilidad de escritura en los márgenes de los cánones literarios establecidos. Sus textos no son más que apuntes. Por ende, en el siglo XVIII, el libro de viajes ni siquiera era una forma considerada en las poéticas y preceptivas existentes. En Moratín, la escritura de sus viajes supone antes una práctica que un texto. Su carácter heterogéneo, deshilvanado, su estructura fraccionaria y aleatoria, su falta de coherencia, su apariencia de provisionalidad y espontaneidad, no son todavía una estrategia retórica o un procedimiento literario buscando conscientemente (aunque pronto lo serían en el romanticismo).

François Lopez, sin referirse a su escritura privada, ha calificado a Moratín como el fundador de una escritura, aquella que habla de la clase media, para

pp. 79-119 (luego recogido en *Ser español*, Barcelona, Planeta, 1987). El ensayo de Marías, en su mayor parte descriptivo, tuvo la virtud de destacar el valor de los libros de viaje moratinianos: «es la ocasión en que Moratín llega a ser plenamente escritor», dejando «algunas de las páginas más vivaces, inteligentes, divertidas y bien escritas que podemos leer en castellano» (p. 147); «es donde Moratín llega a ser el extraordinario escritor que pudo ser, el que solo asomó tímidamente para desvanecerse» (p. 158); «Ahí vemos lo que la prosa española pudo ser, lo que tenía que haber sido y no fue [...] La prosa italiana de Moratín es mucho más 'moderna' que todo lo que se ha escrito después, hasta el 98» (p. 159). En «Moratín y la originalidad del siglo XVIII español», en M. di Pinto, M. Fabbri y R. Foldi (eds.), *Coloquio internacional sobre Leandro Fernández de Moratín, Bolonia, 27-29 de octubre de 1978*, Abano Terme, Piovani Editore, 1980, pp. 193-199 (luego en *Homenaje a José Manuel Blew*, Madrid, Gredos, 1983, 415-421), Marías repite las ideas principales del trabajo anterior, matizándolas: en la prosa de sus diarios, cartas y libros de viaje, y sobre todo en Italia, «hará su más original innovación, aquella por la cual Moratín pasará verdaderamente a la historia»; es «un estilo literario que anticipa lo que será la mejor literatura española del siglo siguiente, con jalones en Bécquer, Valera, *El sombrero de tres picos* y el 98. Moratín va a ser un castizo ilustrado. Sin casticismo como actitud, y verdaderamente ilustrado» (p. 199). Por su parte, Luis Felipe Vivanco, *Moratín y la Ilustración mágica*, Madrid, Taurus, 1972, sigue de cerca a Marías: «podemos decir que la intimidad de Moratín está en la prosa» (p. 59). En sus libros de viaje, «sin la menor pretensión literaria y sin la intención de que se publique, su estilo impresionista es más gráfico y más ágil que nunca» (p. 87); «En los cuadernos de viaje tenemos una prosa ya moderna, a un mismo tiempo precisa y subjetiva, que se adelanta a su época [...] Ningún aspecto de la cultura viviente —y vigente— de aquellos años de transición va a estar ausente de su prosa» (p. 113).

la clase media y desde la clase media⁴⁹. Podemos aceptar a grandes rasgos los dos primeros postulados, pero quizá haya que matizar el último (de lo contrario, estaríamos hablando más de Galdós que de Moratín): Moratín todavía escribe desde una orgullosa pertenencia a la elite cultural del Antiguo Régimen, que nunca le abandona, y menos que nunca en los años de sus viajes. Nada más alejado de su pensamiento que abandonar su dependencia del mecenazgo y patrocinio real: ni siquiera lo hará con José I. Siempre escribe del pueblo con una visión elevada y paternalista. Sus parodias, burlas y distanciamientos irónicos de los ideales neoclásicos son los propios que se puede permitir alguien que se ha formado en ellos y sigue dependiendo de ellos. Y va a rechazar las nuevas formas tanto de vida como de escritura demasiado burguesas que encuentre a su paso: lo primero lo hemos visto en Londres; lo segundo, ocurre especialmente en el teatro.

Si se me permite el juego de palabras, podemos establecer la siguiente paradoja: si su teatro fue la representación pública de lo privado, sus libros de viaje fueron la representación privada de lo público. Y lo que hay de común en ambas escrituras, una institucional y otra no, sí proviene de aquel interés por las clases medias de la sociedad, que serán los protagonistas de sus comedias, pero también de los usos y costumbres analizados en sus libros de viajes; es el hábito moratiniano de la observación y mimesis directa de lo menudo, de lo prosaico y cotidiano, donde también se incluyen las anotaciones lingüísticas y expresivas, lo que da, tanto a sus libros de viaje como a sus comedias, esa apariencia de frescura y cercanía «que encanta por su verdad», como diría Jovellanos.

En esto Moratín sí es un fundador: y no sólo en la observación, sino en su imitación. De ahí el desparpajo y la modernidad de su escritura variada y libre.

49. F. Lopez, «Disquisiciones sobre Leandro Fernández de Moratín prosista», en *Coloquio internacional sobre Leandro Fernández de Moratín, Bolonia, 27-29 de octubre de 1978*, Abano Terme, Piovani Editore, 1980, pp. 147-154. «De todos los prosistas del XVIII es indudablemente Moratín el Joven el que se lleva la palma»; «ningún otro autor supo en esa centuria elaborar un lenguaje más suelto y ágil» (p. 147); «buscó Moratín, sobre todo, desde que hizo sus primeras armas, *un nuevo lenguaje*» (p. 150); lo que caracteriza a su escritura y le da su significación histórica es que «escogió hablar de la clase media, desde la clase media y para la clase media» (p. 152). «Propondría elevarlo como prosista a la altura de Cervantes y de Galdós» (p. 153). «En la historia de la prosa española, veo yo tres obras cimeras: las de Cervantes, Moratín y Pérez Galdós» (p. 154).